

Cuento

Una visita al reino de las preguntas

Ana María Jaramillo

Tallerista Encuentros con la pregunta 2005 - 2008

Sofía se levantó con más ganas que nunca. Ese día, en el colegio, tenían una excursión.

La excursión la había programado la profesora de español que quería llevarlos a conocer el reino de las preguntas.

El viaje en el bus fue corto. Antes de que se bajaran, la profesora advirtió que esta visita podía ser un poco extraña y que no debían asustarse si sentían que su boca hablaba por ellos.

Los niños no prestaron atención. Emocionados se bajaron del bus en estampida y corrieron hasta la puerta de entrada, en la que se leía en letras de colores: Bienvenido al reino de las preguntas.

La vendedora de la taquilla les fue entregando, uno a uno, su boleta; luego entraron.

El reino de las preguntas se parecía al zoológico, pero no había rejas que separaran un lugar de otro y los niños podían entrar a tocar las preguntas que eran, casi todas, muy mansitas.

La primera especie que encontraron fue la de los Cómo. Sofía y su amigo Lucas entraron a conocer.

Sofía vio una pregunta muy bonita y quiso tomarse una foto con ella.

-¿Cómo me veo al lado de esta pregunta? -le gritó a Lucas

-¿Cómo te sientes? -le respondió éste.

Sofía indicó con la mano que estaba bien y preguntó:

-¿Cómo me paro para la foto?

-¿Cómo quieres que te la tome? -fue la respuesta de Lucas.

Entonces Sofía se paró de lado junto a la preguntita, Lucas le tomó la foto y salieron de ahí.

-¿Sentiste algo raro? -preguntó Sofía.

-¿Cuándo hablábamos? -respondió Lucas.

-¿Cómo que no podíamos decir lo que queríamos? -opinó Sofía.

-¿Lo sientes todavía? -dijo Lucas queriendo responder.

Sofía levantó los hombros y siguieron.

Más adelante estaba el lugar de los Por qué. Entraron.

-¿Por qué entramos acá? -preguntó Sofía.

-¿Por qué me preguntas a mí? -quiso saber Lucas.

-¿Por qué no nos vamos? -sugirió Sofía

-¿Por qué no nos tomamos una foto primero? - propuso Lucas mientras sacaba la cámara.

Se tomaron la foto y salieron rápido de ahí.

-¿Lo sentiste otra vez? –preguntó Sofía algo asustada.

-¿Tú también? –preguntó Lucas como queriendo responder.

-¿Este lugar no se te hace un poco extraño? –quiso saber Sofía.

-¿Entonces no es mi imaginación? –comentó Lucas sintiéndose un poco mejor.

El siguiente lugar que encontraron fue el de los Cuándo. Entraron para ver a una pregunta que colgaba de un árbol.

-¿Cuándo llegamos aquí? –preguntó Sofía.

-¿Cuándo nos vamos a ir? –respondió Lucas un poco extrañado de no poder decir otra cosa.

Sofía le tomó una foto a la pregunta del árbol y salieron.

-¿No te parece que esto se pone cada vez más raro? –comentó.

Lucas asintió con la cabeza.

El recorrido duró unas dos horas. Estuvieron dónde los Quién, los Qué, los Dónde, los Cuánto y luego encontraron una sección especial de híbridos y especies exóticas, donde estaban los Cada cuánto, los A quién, los Con quién, los A dónde, los En dónde y los De qué.

Al final del recorrido fueron a la tienda de regalos. Sofía compró un par de signos de interrogación para pegar en la nevera y luego se tomaron una

foto con ¿Cómo te llamas?, una de las preguntas más famosas del mundo, que casualmente estaba ese día en el parque firmando autógrafos.

Finalmente se subieron al bus y arrancaron. Pero con ellos venían un montón de preguntas que se habían colado en los bolsillos, metido en los morrales y colgado de los crespos.

Durante el viaje, los niños no podían parar de hablar. Miraban por la ventanilla y preguntaban por todo lo que veían. Le hacían preguntas a la profesora y se preguntaban cosas unos a otros. Eran tantas las preguntas que corrían de un lado a otro, que no había tiempo o espacio para respuestas.

Cuando llegaron al colegio, los niños siguieron preguntándolo todo:

¿Por qué el timbre suena a las tres?, ¿por qué lo reconocemos?, ¿qué hace que suene?, ¿cómo se construye un timbre?, ¿cómo se sabe que son las tres?, ¿qué hace que el reloj funcione?, ¿por qué existe el tiempo?, ¿por qué el día tiene 24 horas?, ¿quién se dio cuenta de eso?, ¿cómo se dio cuenta?, ¿por qué el sol sale por la mañana y se esconde a las 6?, ¿por qué la luna no se ve siempre igual?, ¿quién estudia la luna?, ¿cómo?, ¿para qué?, ¿dónde?, ¿cuándo?..

No podían parar de preguntar y los profesores trataban de responder, hasta que sonó el timbre y los niños corrieron hasta la puerta preguntándose: ¿por qué corrían?, ¿quién corría más rápido?, ¿a qué velocidad estaban corriendo?...

De camino a casa, se preguntaron: ¿por qué florecen los guayacanes?, ¿cómo vuelan los pájaros?, ¿de dónde sale el

humo que sueltan los carros?, ¿qué hace funcionar los semáforos?, ¿quién inventó las señales de tránsito?...

Y por la noche, el turno fue para los papás que tuvieron que responder todo tipo de preguntas, desde: ¿cómo funciona la televisión?, hasta: ¿de dónde salen los bebés?

Pero, de repente, como por arte de magia, los niños dejaron de preguntar y se quedaron callados por completo.

Callados se acostaron a dormir y callados se levantaron a la mañana siguiente.

En el colegio, los profesores los esperaban cargados de preguntas y respuestas, pero ni una sola palabra salía de la boca de los niños; ni una sola palabra para preguntar y ni una sola palabra para responder.

Las clases transcurrían en silencio y los profesores salían un poco confundidos, hasta la 1:30 cuando entró la señorita Jiménez, para dictar su clase de español. Ella había escuchado, en los corredores, algunos rumores sobre lo que pasaba y al sentir el silencio, lo adivinó todo.

Entonces, cuidándose de decir solo las palabras necesarias, entregó a los niños un cuaderno en blanco y les pidió que escribieran lo que quisieran. Los niños abrieron el cuaderno tan rápido y con tanta emoción, que parecía que hubieran recibido una torta de cumpleaños, y empezaron a escribir y a escribir y a escribir...

Escribían sin parar, todo tipo de cosas, y aunque al principio parecían no tener sentido, de repente fueron tomando forma. Primero escribían en silencio, pero después de unas páginas, empezaron a hacerse preguntas y a darse respuestas unos a otros mientras seguían completando las páginas.

Cuando pudieron parar de escribir, la señorita Jiménez explicó lo que pasaba:

Su visita al reino de las preguntas, había causado un ataque de curiosidad excesiva que los había tenido todo el día preguntándose cosas.

Tantas preguntas y respuestas habían llenado sus cabezas, dejándolos sin espacio para una sola pregunta o respuesta más; pero ahora que lo habían escrito todo, estaban listos para seguir aprendiendo.

Ese cuaderno de páginas blancas, sería su bitácora y en él podrían escribir todo lo que aprendieran o quisieran aprender. Así iban a mantener espacio en sus cabezas para preguntarse y aprender cosas nuevas.

Además, con su bitácora entenderían que las respuestas a las preguntas son como un rompecabezas que se construye con cada cosa que uno va aprendiendo y que las preguntas y las respuestas se conectan unas con otras como una gran telaraña.

Ya en casa, Sofia abrió su bitácora. El guayacán que había dibujado en las hojas del centro había crecido y ahora las ramas ocupaban todo el cuaderno. Sofia leyó lo que había escrito de principio a fin, dejándose guiar por las ramas. Cuando terminó se sintió muy contenta. Ahora entendía las palabras de la señorita Jiménez y sabía cuándo, cómo y por qué florecen los guayacanes 🌱

